

EL PORVENIR DEL OBRERO

Núm. 83. MAHÓN 30 Noviembre de 1901.

OFICINAS: CALLE DE LAS MORERAS, 12, PISO 2.º EN MAHON (ISLAS BALEARES)

APARECE CUANDO PUEDE. PRECIO: 5 cénts.

Provincia de

St. D.

Para principio de año tenemos en proyecto un número extraordinario, con material verdaderamente escogido, que se venderá a 10 céntimos.

EL LEGADO DE CRISTO

EN aquel tiempo, el niño Jesús regresaba del templo.

Había sido llamado por los doctores de la ley y los príncipes de los sacerdotes, quienes deseaban saber fijamente qué especie de individuo era aquel hijo de carpintero, ya célebre en los barrios extremos de la ciudad; querían ver de cerca si en efecto merecía su precoz nombradía, y qué convendría más, si seducir ó intimidar á sus padres, si captar aquella joven alma, destilando en ella la ambición—veneno fascinador,—el instinto de la dominación, el afán desmedido de barajar á los hombres... en una palabra, admitirle en alguna de esas escuelas del Estado en que el espíritu se afina y se deforma; donde los cerebros rebeldes, debilitados, domados, pagan con su independencia el éxito que les dejan alcanzar, aceptan el zarpazo de la rutina y se convierten, bajo la dirección de maestros hábiles, en admirables instrumentos de opresión contra su casta originaria.

Le llamaron, pues.

María, la víspera por la noche, le ensortijó el pelo.

Dijole José, dándole un beso:

—Niño, no hables demasiado; somos gente pobre...

Y María, aguja en mano, aprovechando aquella salida dominguera para remendar el vestido de diario, llegóse hasta la puerta de la tienda, acompañando á su hijo con la mirada mientras estuvo á su alcance.

En el camino, Job, el hijo del Cordelero, y aquel granujilla Isaías, terror de las comadres, llamaron al pequeño.

—Oye, Jesús, ¿te vienes á jugar con nosotros? Hay un nido en el jardín del prestamista, y tengo juguetes nuevos.

Jesús (pues no lo dice todo el Evangelio) titubeó un instante... ¡La cosa era tentadora! Pero á seguida repuso:

—No puedo. Me están esperando los notables para examinarme. Si me mancho la túnica, se disgustará mi madre, y si me quedo jugando por ahí mi padre José se enfadaría. Hasta luego.

—¡Mandria!—le gritó el desvergonzado Isaías.

Jesús continuó su camino, entró en el templo, dejó asombrados á los doctores y poco después bajaba de nuevo la imponente escalina.

Había sorprendido por su extraordinaria inteligencia.

—Convendrá vigilarle—se dijeron; pero ninguno de ellos comprendió el éxtasis de su mirada, ni la dulce ironía de su sonrisa.

Para apreciar, preciso es comprender. Y además, eran todos demasiado vulgares; sus oídos estaban tapados por la cera del orgullo; sus ojos cegados por la contemplación de sí mismos; el cerebro anquilosado por una erudición sin ideal.

Llevábase Jesús una idea bien pobre de ellos: la de que sobre sus caras ostentábase la malicia como una flor.

De repente se acordó del nido del prestamista. Cuando un muchacho ha contestado bien y está contento de sí mismo, bien puede permitirse un ligero placer. A más de que por aquel medio impediría que Job é Isaías maltratasen á los pajarillos. El sólo los mudaría de sitio á presencia de los padres, para que pudiesen éstos llevarles la comida; bastaba con despistar á aquellos mal intencionados.

En vez de tomar por la derecha, torció á la izquierda y llegó ante el vallado de la casa del viejo Sem, franqueándolo de un salto. Pero de repente detúvose avergonzado.

Una hermosa niña estaba junto al vallado. Tenía grandes ojos de gacela con puntitos de oro, y sus cabellos, largos y sedosos, negros como las tinieblas, caían sobre su cuerpo en una profusión de trenzas adornadas de hilos de perlas. Su vestido estaba bordado y perfumes suavísimos exhalaba toda su persona.

Jesús se puso muy encarnado, sintióse pobre, creyóse feo y quiso huir. Pero ella le detuvo con ademán cariñoso:

—¿Quieres jugar conmigo? Soy la hija de Sem. Tengo collares, tengo pulseras... pero siempre estoy sola, ¡y me aburro tanto!...

Tendíale ella las manos, y él las recibió en sus pobres zarpas de plebeyo, una de ellas señalada por una reciente cicatriz, un tajo de garlopa.

Pero mientras se miraban ingenuamente, algo tímidos aún, una gruesa voz retumbó:

—¡Largo de aquí, granuja! ¡Dónde se ha visto que gentuza de esa especie entre en nuestros jardines! ¡A ver si cojo un garrote y te desnucó! Y tú, Meryem, adentro; mañana mismo te vas con tu tía de Betulia.

Era Sem, el usurero, el que roía el bien ajeno de toda la provincia.

Entonces Jesús echó á correr, ganó el campo, y dejándose caer en una zanja, lloró hasta el crepúsculo, bajo el desprecio de aquel mal hombre...

II

—Meryem, mujer mía; date prisa.

—¿Por qué Simón?

—Porque quiero darte una sorpresa, paloma,

No obstante, Meryem no se apresura á alzar el pesado cortinón que separa la estancia privada del antro en donde todo el día, como la araña en su tela, está Simón, su viejo esposo... en acecho de los pródigos, de los jugadores, de los desgraciados. ¿Qué la querrá el viejo?

Mas con tanto oír sus voces, fuerza es contestarle. Un brazo desnudo levanta la antepuerta, y Meryem aparece, delgada como una liana, de una palidez de reclusa, ojerosa, con una mirada ardiente. Es tan linda en su lánguida fragilidad, que Simón golpea, una contra otra, en señal de alegría, sus descarnadas manos de uñas corvas.

—Querida, ¿quién va á salir?

—¿Acaso yo?—dice ella, incrédula.

—Sí, flor de mi alma. ¡Y á pie, de mi brazo, como todo el mundo!

—¿Qué es lo que ocurre... algún edicto?

—Nada, perla; sólo el deseo de agradarte!

Ambos echan á andar; él irguiendo su nuca encorvada bajo su rica toga; ella como doblada bajo el peso de sus joyas, alzando apenas sus delgadas sandalias, adornadas de galón de oro, según moda romana. Detrás de ellos un criado lleva las capas, pues el viento refresca en cuanto se pone el sol... y la sangre de Simón está helada por la edad, y Meryem la bella, al igual de su madre, tosía.

—Pero ¿este es el camino del Gólgota?

—Sí, tesoro. ¿Ves esa mancha roja, junto á esa piedra? Ahí cayó por quinta vez el bandido que te llevo á ver.

Han acabado de subir la colina. En un fondo sombrío destácanse los tres cadalsos, con los dos cadáveres de ladrones; entre ellos alzábase la cruz del Nazareno. A sus pies, una ramera, una artesana de alguna edad y un hombre del pueblo sollozaban arrodillados.

Y arriba, entre los cabellos rojos, que la sangre enrojece más, distínguense vagamente pupilas violáceas arrasadas de lágrimas y labios ensangrentados.

Meryem se ha estremecido... de piedad, de espanto, de otra cosa también. ¿Dónde, en qué ensueño ha fijado su mirada aquella otra mirada? ¿Cuándo sus manos han estrechado aquellas manos amigas cuyas desgarraduras sentía en sus propias palmas? Una idea frunce su frente; todo su sér ansía la solución del problema.

En tanto, elévase la voz de Simón, aguda, neta, en el pesado silencio, y dice:

—¡Hélo ahí al jefe de los rebeldes, al apóstol de las reivindicaciones, al que quería reglamentar el interés del dinero y detener el curso de los negocios; despojarnos, robarnos, matarnos! Mira-le, mira bien, querida, á ese profeta de mal agü-

ro, falso Mesías, que quería arrancar los collares de tu cuello redondo y de tus brazos flexibles los brazaletes. Y mira esa chusma, esas mujeres, ese vago... Pues qué, ¿no deberían haber sido ajusticiados también si tuviese energía el gobierno?

Meryem temblaba, convulsa, rígida y con las manos extendidas hacia Jesús. Pero Simón, iracundo, ébrio de furor, nada veía.

—Ya se te acabaron—vociferaba dirigiéndose á Jesús—aquellas correrías por toda la Judea, con tu séquito de malhechores, tu horda de vagabundos que nos obligaba á multiplicar los cerrojos, los perros de guarda y pasar noches en angustiosa vigilia. Ya se acabaron tus predicaciones ardientes que trastornaban los cerebros de los débiles, despertando en ellos sed de pretendidos derechos. ¡Al estercolero, criminal! Nosotros triunfamos, ¿oyes? Tu obra es abominable, las autoridades persiguen á tus discípulos para matar de raíz tu doctrina. Los pobres serán siempre los pobres, y tu justicia no pesa más, mira, no pesa más que este canto.

La piedra silbó, describió una curva y fué á estrellar de escarlata la frente del crucificado.

Un débil grito contestó, y Simón, el usurero Simón, espantado, vió que su mujer Meryem, extática, desprendía de sus orejas los pesados zarcillos, quitaba de las sienes el círculo de gemmas, desataba de su cuello, de sus muñecas y de sus tobillos los preciosos anillos de oro labrado...

Al mismo tiempo, como una música, las palabras de Meryem, lentas y armoniosas, sucedieron á las imprecaciones. Meryem la bella decía:

—Niño de antaño, con quien no pude jugar, porque tú eras pobre y yo era rica; joven al que nunca pude ver pasar, porque la sola vista de semejante culpable era un oprobio; enemigo de mi raza, amigo de los hambrientos, de los oprimidos, de los esclavos, de los explotados, de aquellos á quienes me han enseñado á despreciar, ¿quieres mi alma? Abdico de cuanto me separe de tu voluntad. Mis joyas cubren el suelo; mira mis pies desnudos sobre las piedras que regó tu sangre... Y ni siquiera siento ya orgullo por mi virtud, puesto que me inclino ante esa pecadora cuya cabelleira limpió tus plantas. ¿Quieres mi alma?

El viejo Simón se abalanzó terrible.

—¡Adúltera! ¡Infame! ¡Haré que te juzguen! ¡Haré que te castiguen!

—Ya no es tiempo—dijo ella.

Dobláronse sus rodillas, y á poco todo su cuerpo quedó tendido en el suelo. Sobre sus negros cabellos algunas gotas de sangre cayeron como lágrimas purificadoras de un bautizo... Y espiró en una sonrisa. Entonces Simón, loco de desesperación, gritaba:

—Pero ¿quién es este? ¿Qué hechizo es el suyo? ¿Qué legado deja al mundo?

Desde lo alto de la cruz, en lontananza, bajó la respuesta.

—¡No trates de comprender, oh pecador endurecido! ¡He seducido por la miseria, la fealdad, el dolor, el mal, cuanto repugna, cuanto espanta, y lego á todos los que sigan mi ejemplo y cumplan mi ley, defendiendo á los despojados de este bajo mundo, mi parte de ultrajes, la herencia de mi baldón, la eterna infamia!

Madame Severine

La conversión en propiedad capitalista de la propiedad privada procedente del trabajo propio de muchos individuos aislados y de consiguiente fraccionada en porciones innumerables, es naturalmente un proceso sobre toda ponderación, más largo, cruel y dificultoso que la conversión en propiedad social de la propiedad privada capitalista procedente ya de hecho de la explotación cooperativa de los medios de producción. En aquella se trató de que unos cuantos usurpadres desposeyesen á las muchedumbres del pueblo; en ésta se tratará de que las muchedumbres del pueblo desposean á unos cuantos usurpadores.

Cada capitalista vive de la muerte de varios seres humanos. A medida que disminuye el número de los grandes señores del capital, se aumenta la miseria, la opresión, la esclavitud, la degradación y la explotación, pero al mismo tiempo aumenta también, como una marea ascendente, el levantamiento de la masa popular ilustrada por el mecanismo de los procedimientos de la producción del capital, unida y organizada.

CARLOS MARX.

ESPERANZAS

El orden, en el reinado de la tiranía, es una vida sin alma.

ALFIERI.

EL grado de ilustración trae aparejada la libertad de los pueblos, da la medida de sus deberes. Sin la evolución de los tiempos, la humanidad seguiría hoy sujeta al yugo de los tiranos. Donde acaba el reinado de la esclavitud, empieza el reinado del hombre; porque los esclavos no son hombres. Habladle á un ser degenerado, débil, de cómo otro ser libre quiere gozar de sus derechos, cómo interpreta sus deberes, y el ser débil se sobrecogerá de temor, invocará la tradición de sus mayores, toda una generación de ilotas encadenados de por vida, temerá la «alteración del orden», el latigazo del que manda, y, presa del temor, su pobre cabeza pedirá paz, orden, la vida absyecta del que no piensa, del que no siente: es que le falta el alma.

La humanidad va en busca de su mejoramiento creciente. Unos pocos, inician esa obra magna de los tiempos presentes, el supremo ideal de la redención, que hace al hombre igual al hombre, sin distingos, ni cortapisas que releven á los menos del trabajo que agobia á los más, sólo porque son sufridos, porque no se quejan, porque no levantan la voz y ponen en la balanza de las justicias todo el peso de su razón, que es la indigencia, la miseria, el hambre, la extenuación que mata muchas vidas en flor, encarnecidas por el lujo de los ahitos, por las infamias de los opresores...

Todo debe ser equitativo en el mundo: la igualdad es la razón. Despojad al tirano del poder que le prestan sus esclavos, y queda sólo el hombre como los demás: como son todos los hombres. ¿Por qué, pues, esta extremada diferencia entre unos y otros siendo todos iguales? Al reinado de la fuerza debe suceder el reinado de la justicia, así como del extremado sufrimiento de los esclavos nacen los hombres libres.

Hermoso alborar el de ese día en que todos

los seres racionales de la tierra tengan conciencia de sus derechos, y unos tras otros vengán derrumbando los ídolos de la fuerza y del dinero, que hoy les estrujan, les oprimen y les vejan sin más razón que su deleznable y tiránico poderío, que sostienen y salvaguardan los mismos que sufren sus opresiones y desdenes, á cambio del mísero mendrugo de pan!... ¡Ironía cruel!

¿Qué no daríamos nosotros por infiltrar en esos menguados entendimientos la razón del derecho á la libertad y la injusticia de toda opresión? Más, ¡ah, que con ser fértil el terreno, está aún poco abonado y se muestra reacio á germinar. Pero, no importa; hay que perseverar: el desaliento es para los débiles y la constancia en sí sola es principio de triunfo.

Esperemos. Un día y otro día vayan esparciendo semilla las almas fuertes, y el orden, esa gran farsa social, se transformará á los impulsos redentores de las almas sedientas de vida.

Goyo

TODOS UNOS

¡ADIOS, Lido!..., ¡Adios, Tarento!... ¡Adios, suaves rumores del Adriático y deliciosos aromas de limoneros!... Un airazo de guerra ha desplegado la bandera tricolor, la bandera de la República, y París, «el cerebro de Europa», «el verbo de la humanidad», celebra por anticipado la destrucción de Lesbos la poética porque el tramposo Abdul-Amid no pagó oportunamente una cuenta á los señores Tubini y Lorando.

Mourir pour la patrie,

Tubini!

C'est le sort le plus beau,

Lorando!

canta *L'Aurore*.

Y á la vez que nos deleitaba la esperanza de que los cañones del almirante Caillard destruyeran hasta el recuerdo de Safo, abominamos de Kitchener por su sistemática destrucción del Transvaal. «¡Ah, el bandido!...»

Y el bandido, según ha recordado *Le Figaro*, «no permaneció insensible á nuestros desastres del año 70, y se enganchó en el batallón de Dinan, cuando se formaron los batallones de movilizados, y poco después, hecho teniente, formó parte del Estado Mayor en las batallas de Orleans, ascendió en globo y multiplicóse por servirnos, hasta que una pulmonía le puso á morir...»

Que Kitchener—que militarmente es un salvaje más—parezca un desalmado á los que abominamos de la guerra, está bien; pero no es lógico que lo parezca á los que—aparte de olvidar que les defendió en otra aventura guerrera en que ellos mismos se metieron por afán de gloria militar—mandaron á Gaileni á Madagascar y han enviado la escuadra á Lesbos...

Es que la campaña francesa contra Kitchener no es campaña por el Transvaal, sino contra Fashoda; y el rencor por un fracaso de gloria militar hace que se olviden los servicios del oficial extranjero que «se multiplicó» por defender á Francia.

Frutos del chauvinismo, del jingoismo, del nacionalismo, del patriotismo, igual en todas partes.

Rouanet lo ha dicho con sinceridad y justicia: «Los jingos ingleses son detestables. Pero los jingos franceses son tan detestables como los ingleses, y más dañinos.»

Indudablemente. Porque los jingos ingleses pelean solos, y solos sufren las consecuencias. Y los jingos franceses no sé como se las arreglan que crean complicaciones á Europa cada vez que echan una ronca belicosa.

Luis Bonafoux

En todos los países la multitud es esclava de los partidos.

IBSEN

RÁPIDA

Sacrificios

LA marquesa de X... era una santa y buena mujer; el marqués consorte todo un buen hombre; el Padre Juan confesor de la casa un buen padre... En fin eran tres personas á cual mejor.

La marquesa tenía en su casa una pequeña y lujosa capilla y en ella celebraba diariamente el Padre Juan el santo sacrificio de la misa.

El marqués solía oír desde su alcoba por una ventana que daba en la capilla, y la marquesa más devota, la oía siempre de rodillas sobre un rico reclinatorio.

El buen padre tenía su cuartito donde revestirse de los ornamentos sagrados, operación en la que siempre le ayudaba la marquesa.

Mientras el padre conquistaba á esta, con sus tretas, el marqués conquistaba á la doncella, por el dinero, y una mañana lograron por fin, las dos parejas lo apetecido, el cura en su cuarto, el marqués en el suyo.

Aquella capilla hecha para celebrar en ella el sacrificio de la misa, se convirtió aquella mañana en templo agosto de la diosa Venus.

Máximo C. González

Al proletariado

Despierta proletario
y rompe tus cadenas,
que apunta ya la aurora.
¡No pases ya más penas!

Ocupa ya tu puesto
en la gran batalla
y haz morder el polvo
al burgués canalla.

Acude á ocuparlo
sin ningún temor
que llega ya la hora
de que reine el amor.

¿No ves nacer la aurora,
envuelta con su manto
deslumbrante de luz,
que dá al tirano espanto?

¡A combatir, proletarios,
por vuestra redención!
que se oye el aleteo
de la gran revolución.

WARRONOFF.

Villa-Carlos, 26 Octubre 1901.

La sociedad presente

NO sé con qué derecho nos quejamos de las iniquidades de la actual sociedad. ¿Ha habido por ventura directores en número suficiente para redimirla? ¿Hemos adquirido bastante cantidad de energía para aplastar la infamia? ¿No estamos asistiendo al desconsolador espectáculo de que nos abandonen en lo más recio de la pelea los que con mayor ahinco nos ayudaban al principio? De cada cien combatientes, ¿no vemos noventa y nueve desertores? Por cada protesta, ¿no se exhalan cien quejidos? ¿Somos acaso tan avaros de la venganza como pródigos en las humillaciones? Si no hacemos más que llorar como mujeres sensibles las injusticias que no sabemos vengar como hombre de corazón, ¿de que nos lamentamos? ¡Ah, la sociedad presente!

Disputa al maestro de escuela un pedazo de pan, y acrecienta la fortuna de un torero. Llena las columnas de los periódicos con detalles y pormenores de las cogidas de éste, y no describe las angustias y penalidades de aquél. Adula á esa juventud dorada y endémica que sólo sabe comadrear en los salones, concurrir á los círculos del vicio, á las casas de juego y á las de prostitución, y, en cambio, menosprecia á la que asiste con entusiasmo á los centros docentes y á las bibliotecas. Reverencia á esa juventud ignorante y jesuítica que merodea en los conventos y sacristías, y persigue con saña á esa juventud utopista, soñadora y estudiosa que habita en las guardillas. Da de comer á esa canalla hampona que se ceba como los cerdos en los palacios episcopales, y priva de lo más esencial á los que trabajan en talleres, fábricas y obradores. Respeta á esa turba de parásitos que lleva impresa en su rostro la huella de todos los vicios, á esos jóvenes cuyos movimientos denuncian al eunuco, en cuyos ojos brillan malicias de sibarita, cuyo trabajo se reduce á vestir con elegancia, ponerse corsé, darse polvos, teñirse el pelo; en cuyos miembros, empobrecidos por la falta de virilidad, circula la sangre perezosamente, y cuyo cerebro, envuelto en las nebulosidades de la ignorancia, no alberga un pensamiento generoso ni una idea levantada, y persigue y condena á ese gente nueva que viene depositando en la ciencia los gérmenes vivificadores de una nueva generación que viene decidida á resolver de grado ó por fuerza los problemas que más preocupan hoy á los pueblos, y á unir á éstos por las maravillosas mecánicas de la cultura social; de una generación que pasará mañana por cima de los altares de los dioses falsos, aniquilando tronos y segando cabezas de aristócratas y nobles; generación que trae en su cerebro ideas luminosas, iniciativas geniales, ráfagas de grandeza, principios nobles, inspiraciones valientes, pléyade que no se arrastra en pos de las teocracias ni en torno de los endiosados, sino que viene á derribar los últimos baluartes en cuyos puntales descansa la tiranía de los pasados siglos.

Y esa es la sociedad presente. Una sociedad que aboga por la independencia y mantiene la tiranía; que abomina de la mentira y castiga con dureza al que osa decirle la verdad; que desea el progreso y se aferra á la tradición; que hace alarde de moralidad y se deja arrastrar por todas las

concupiscencias; que quiere ser modesta y se deja embriagar por el humo de la vanidad; que pide justicia y condena la inocencia; que pretende pasar por espléndida y aplaude rabiosamente al que absorbe al débil como vorágine de torbellinos, sociedad cuajada de defectos, plagada de lunares, ébria de maldades, sociedad que busca la alegría del alma teniendo extenuado el organismo, el triunfo propio en la humillación ajena, la gracia en la reglamentación, el descanso en el hastío, la paz en la guerra; que ahoga sus gemidos en el baile y las verbenas; que funda sus grandezas en una leyenda precursora de sus desdichas y catástrofes, sin cuidarse para nada del porvenir.

Sí; esta es la sociedad de hoy. Una sociedad donde las mujeres indistintamente prostituyen su cuerpo y su conciencia, unas veces porque la miseria las empuja á ello, otras porque el vicio las arrastra; donde las jóvenes impúberes comercian con su virginidad, entregándose con descoso y sin escrúpulo lo mismo á un joven lozano y garrido que á un viejo verde, crapuloso y asmático, con tal de verse cubiertas con vestidos elegantes y joyas preciosas; una sociedad donde muchas mujeres se presentan en público con el barniz de una excelente conducta, y son simplemente encubridoras y alcahuetas de hijas, ya legítimas, ya postizas, pero sin honradez; donde lo mismo el hombre que la mujer sólo se cuidan de la forma y no del fondo; donde los ciudadanos se niegan á ayudar á los jueces en el esclarecimiento de un crimen por el temor que les inspira una incomunicación, una detención, un procesamiento ó una serie injusta é interminable de idas y venidas, consintiendo de este modo que el crimen quede impune y que el criminal se codee con nosotros; una sociedad donde los Tribunales pueden realizar perfectamente una venganza personal por una simple sospecha, malbaratando de este modo el porvenir y la posición actual de un hombre probo, sin que una ley de responsabilidad judicial pueda ponerle al abrigo de las garras de la justicia histórica ni reclamar de ésta indemnización por daños y perjuicios, caso de que pruebe su inocencia; donde hay jueces que, cuando se ven hostilizados por la prensa y el clamoreo de la opinión, al no descubrir un delito, cogen tal vez al más inocente de los mortales, se le inventan pruebas si no las hay, se le acumulan cargos y se le pone bonitamente á la sombra para toda su vida, cuando no se le ahorca.

Esta es la sociedad actual; egoísta, utilitaria, diferenciadora, farsante, brutal, salvaje; tan ignorante como formulista, tan canallesca como cobarde.

Y esta es la sociedad que hay que aniquilar y que hay que destruir.

No importa que se haga precisa la efusión de sangre. Si ha de salir de ahí la purificación de las conciencias, que corra á torrentes.

Francisco Maceín

En el inmenso Océano de materia y movimiento que constituye el cosmos, la tierra se halla sujeta á las leyes generales que en él imperan; en el concierto general de los mundos, da nuestro planeta su nota necesaria y propia. Aunque insignificante por su pequeñez, no por esto deja de constituir uno de los elementos de este conjunto, ni dejan de unirle lazos de parentesco de composición con los millones de soles lejanos que pueblan el espacio, y en los que sentimos palpitar la vida como en el nuestro, elevándonos así de la soledad en que á primera vista nos vemos á una misteriosa solidaridad universal.

POINCARÉ.

Las minas de Mercadal

La sociedad «Cobres de Menorca» se ha constituido con un capital grande; las minas, según se desprende del folleto publicado por los mismos capitalistas, y de los anuncios que han puesto en todos los periódicos del ramo, prometen ser riquísimas y las ganancias del capital asombrosas.

No estaría bien, pues, que los habitantes del suelo que contiene las minas tan alabadas y ponderadas, continuasen viviendo tan miserablemente como antes, al mismo tiempo que se enriquecen a su vista y con el producto de su trabajo mal retribuido los poseedores del capital. Si los unos van a realizar tantos beneficios como ellos mismos anuncian, justo es que los demás, los trabajadores, también resulten algo beneficiados.

Además, el trabajo de las minas no es un trabajo como el cultivar los campos; es mucho más pesado, peligroso, antihigiénico, y en todos los países del mundo se paga mejor que los trabajos que no reúnen aquellas malas condiciones para el trabajador.

Por otra parte, los que han reunido un capital tan importante y demuestran esperanzas tan alhagüenas, no han de retroceder por unos miserables céntimos de aumento en los jornales. Necesitan trabajadores en la mina, les son indispensables para su negocio, pues los capitalistas no saben coger las herramientas ni tienen la espalda dispuesta a encorvarse sobre la tierra.

Necesitan a los trabajadores y acabarán por pagar el jornal que éstos les pidan. Podrán resistirse, en el peor de los casos, unos días, o unas semanas, pero no abandonarán el negocio que ven espléndido.

Esto no quiere decir que los trabaja-

dores hayan de abusar de su posición. Al contrario deben ponerse en lo justo y reclamar sólo lo que desde luego parece natural y apropiado al género de trabajo. Hemos oído decir que algunos obreros se han puesto de acuerdo para señalar como jornal mínimo el de tres pesetas. Esto es ponerse en razón y no habrá persona imparcial que lo considere exagerado. Si los capitalistas no lo aceptan, demostrarán su intransigencia y que les guía el afán de explotación, con una pequeñez impropia del negocio que presentan al público en periódicos y folletos como de tan grandes resultados.

Lo que interesa a los trabajadores, si quieren conseguir sus laudables propósitos, es reunirse, ponerse de acuerdo, a fin de que ninguno acepte trabajo por un precio inferior al señalado, ó que ellos mismos señalen.

Los traidores, los *esquivols*, si por desgracia los hubiese, se harán daño a sí mismos, a la vez que a sus compañeros de trabajo, pues los capitalistas emplearán tantos obreros si todos cobran un jornal de tres pesetas como si cobrasen dos solamente. Emplearán los que necesiten, ni uno más, ni uno menos.

Trabajadores, mirad por vuestros intereses, por el pan de vuestros hijos; no escurcheis al cura, ni al señor, ni a nadie; cumplid con vuestro deber, mirando sólo a vuestras conveniencias y a las de vuestras familias.

Asociaos, apoyaos mutuamente, no traicionéis a vuestros hermanos; que si sabéis cumplir como buenos el triunfo será vuestro.

Julián Monzón

dos combates. Entre todos realizamos la evolución incesante que ha de conducirnos a la emancipación completa de todos los errores, de todas las tiranías que se oponen a la mayor felicidad posible para todos y al desarrollo siempre creciente de la personalidad humana.

Lejos de estorbarnos, nos completamos y, aunque colocados en posiciones diferentes, podemos y debemos mirarnos con cariño y estrecharnos fraternalmente las manos.

Siento no poder decir otro tanto de *El Motín*, sobre todo después de haber leído el desdichado artículo del Sr. Nakens referente a Angiolillo.

M.

A LOS TRABAJADORES MENORQUINES

COMPANEROS: Mientras vuestros hermanos, los obreros de todo el mundo, se unen y forman esas Asociaciones llamadas de resistencia, para luchar contra el capital, que estruja al trabajador y le roba el producto de su trabajo; mientras los asalariados de todos los países presentan batallas parciales a la burguesía, precursoras de la gran revolución, vosotros, trabajadores de esta isla, explotados como los más por burgueses que únicamente persiguen acumular riquezas, importándoles poco las privaciones y sufrimientos de la clase proletaria, continuáis en una apatía perjudicial en alto grado a vues-

tros intereses, dejando de prestar la ayuda que el elemental principio de solidaridad exige, a los que en las avanzadas combaten el injusto régimen imperante.

Urge, pues, trabajadores menorquines, que nos unamos todos, todos los que somos víctimas de la explotación burguesa, y de esta manera conseguiremos mejoras en el oficio, ya sean estas aumento de jornal ó disminución de horas en el trabajo, y al mismo tiempo trabajaremos para el porvenir de la humanidad, que será era de paz y felicidad para todos.

Varios obreros

LIBROS RECIBIDOS

Orientación Sociológica por Sebastián Suñé. Reunidos en un tomo los folletos publicados antes separadamente de que oportunamente dimos cuenta a nuestros lectores, se venden al precio de una peseta. Dirigirse al autor, lista de Correos, Barcelona.

Elementos de Anarquía por G. C. Clemens. Editado por *La Protesta Humana*, de Buenos Aires, se explican en este folleto las doctrinas anarquistas y sus fundamentos, en estilo fácil, al alcance de los trabajadores.

La Protesta Humana, calle México 3376, Buenos Aires (República Argentina).

Movimiento social

INTERIOR

Barcelona.—La Sociedad de dependientes de Farmacia de Barcelona han celebrado un mitin para protestar contra los hechos altamente denigrantes para la clase, que en alguna de las Farmacias mas importantes suelen hacer víctimas a sus explotados. En el tomó parte entre varios oradores el Sr. Salas Anton. Fueron aprobadas unas bases, que serán presentadas al Colegio de Farmacéuticos, en las que se pide lo siguiente: Reducción del trabajo a diez horas diarias; una fiesta semanal, y otras mejoras en respetabilidad y consideración. El acto terminó con el mayor entusiasmo, no pudiendo celebrar la manifestación proyectada, por impedirlo el Gobernador.

El pasado Viernes tuvo lugar una importante reunión de más de 500 mujeres en un café de la barriada de San Martín de Provencals; al objeto de tratar de aumento de jornal, de rebajar las horas de trabajo y de organización.

Convocadas por la Sociedad de albañiles de Barcelona, se han reunido más de treinta Sociedades de resistencia, por llevar a cabo la celebración de un mitin monstruo de protesta contra el proyecto de ley reglamentando las huelgas. Por las adhesiones que van recibiendo es de esperar que tendrá mucha importancia.

Ha quedado definitivamente constituida la Sociedad Cooperativa *Hotel Comunal*.

El Consejo de Administración que quedó nombrado lleva con gran actividad los trabajos para la instalación de la tienda de comestibles, que dentro de pocos días será un hecho.

Los albañiles de Badalona después de varios días de huelga, han alcanzado la jornada de ocho horas. **Barcelona 19 de Noviembre 1901.—E. G.**

Asociación de obreros panaderos

Esta Asociación celebra Junta general ordinaria el primer domingo de cada mes, a las tres de la tarde.

Se suplica a todos los afiliados no dejen de asistir a la que se celebrará mañana, por tener que tratarse asuntos de interés para la misma.

Cooperativa El Porvenir del Obrero

Se convoca a los socios de la misma a junta general extraordinaria para el domingo próximo a las diez de su mañana, la que se celebrará en el local del casino «Unión Republicana», para tratar y resolver lo que se halla de manifiesto en el salón de lectura del edificio social, Moreras, 12.

Para el mismo día y hora de las tres de la tarde queda convocada otra junta general extraordinaria, de conformidad al artículo 28 del Reglamento, para entender en una moción presentada por diez socios. Mahón 24 Noviembre de 1901.—El Presidente, Juan Arbona.

No hay polémica

AGRADEZCO las cariñosas palabras con que *Las Dominicales* me advierte que no debe haber polémicas entre personas que en el fondo piensan y quieren lo mismo.

Hace años que leo con amor aquel periódico y de él recibí la iniciación en las ideas socialistas. Cualesquiera sean las diferencias de detalle que puedan existir, ni he de faltar a los deberes de gratitud con los que reconozco mis maestros, ni menos dejar de respetar a los que sincera y desinteresadamente han combatido en las avanzadas.

La nueva generación no quiere renunciar a ninguna de las conquistas hasta hoy logradas; todas nos son necesarias para procurar otras nuevas; no queremos divorciarnos de los antiguos luchadores, sino más bien continuar su obra con mayor amplitud, a fin de acercarnos cada día más al ideal.

Todavía tenemos mucho camino que recorrer, muchos obstáculos que derribar, y está bien que nos partamos el trabajo, ocupando cada cual el puesto a donde le lleven sus aficiones y su particular modo de ver las cosas. *Las Dominicales* realiza una labor bien definida: sus batallas en pro del libre pensamiento son famosas y nunca serán bastante alabadas. Nosotros, sin olvidar éste, aspiramos a más ár-